

# **El instinto y la jaula.**

## **Sexo, seguridad y la hipocresía del poder.**

### **1. Las condiciones del instinto.**

Hay dos fuerzas que gobiernan la vida de los seres vivos con una potencia que la razón apenas puede contener. Una es el instinto de seguridad, el impulso de protegerse, de evitar el dolor, de buscar refugio y de conservar la vida. La otra es el instinto sexual, el impulso de reproducirse, de buscar el placer, de conectar con otro cuerpo. Ambas son fuerzas ciegas, anteriores al lenguaje y a la moral. Y ambas son, al mismo tiempo, la materia prima de la civilización.

Durante milenios, la cultura, la religión, la moral y las costumbres han construido una compleja jaula para contener a estas dos fieras. Se nos enseña a reprimir el deseo sexual, a canalizarlo a través del matrimonio o la familia, a castigar la promiscuidad y a estigmatizar el placer. Y se nos enseña también a gestionar el miedo, a confiar en el Estado o en Dios para nuestra seguridad y a aceptar la vigilancia a cambio de protección. La jaula funciona, en gran medida, pero tiene una doble moral que la corroe desde dentro.

La tesis de este ensayo es que la sociedad no reprime el instinto sexual y el de seguridad para proteger a todos, sino para controlar a la mayoría y liberar a una élite.

Las normas que se aplican al ciudadano común no se aplican a quienes tienen poder. Y cuando esa élite se siente impune, utiliza el instinto sexual no como una fuerza vital, sino como un arma de dominación, de chantaje y de abuso.

El caso Epstein no es una anomalía monstruosa, es el síntoma de un sistema que utiliza la moral como escudo para la mayoría y como coartada para unos pocos.

## **2. La fuerza de la especie.**

Para entender la magnitud del problema, conviene recordar de qué estamos hablando. El instinto sexual es el motor de la evolución. Sin él, la especie se extingue. Y es un instinto que no se rige por la razón.

La neurociencia ha demostrado que el deseo sexual activa los mismos circuitos de recompensa que la adicción a las drogas. La dopamina inunda el cerebro y nos empuja a buscar la satisfacción con una urgencia que no atiende a argumentos. La pulsión sexual es una fuerza biológica, irracional y poderosa.

El instinto de seguridad sigue la misma lógica. La amígdala, el centro del miedo en el cerebro, se activa ante cualquier amenaza real o imaginaria. Buscamos refugio, acumulamos recursos y desconfiamos del extraño.

En un mundo incierto, el miedo nos empuja a la obediencia, de manera que aceptamos al líder fuerte que nos promete protección, el trabajo precario que nos da un salario y la vigilancia que nos promete seguridad.

La civilización es, en gran medida, un intento de domesticar a estos dos monstruos. La cultura nos dice cuándo, cómo y con quién podemos satisfacer el instinto sexual. Y nos indica también a quién debemos temer y en quién debemos confiar. La jaula nos protege de la barbarie, pero nos encierra.

## **3. El molde de la cultura.**

El filósofo Michel Foucault dedicó su obra a analizar cómo la sexualidad ha sido históricamente un dispositivo de poder. No se trata solo de que la Iglesia o el Estado prohíban ciertos actos, sino de que la sexualidad se organiza, clasifica y normaliza.

Se nos dice qué es una sexualidad sana y cuál es perversa, y se nos enseña a confesar nuestros deseos para que el poder los administre.

La religión jugó un papel fundamental en esta construcción. Durante siglos, el sexo fue el territorio del pecado. El deseo era la tentación del demonio y la represión la virtud. Pero la modernidad no eliminó la jaula, la secularizó. Hoy, la moral sexual no viene de los púlpitos, sino de los consultorios, las revistas de moda y los algoritmos. Se nos dice que debemos ser sexualmente activos, pero a la vez exitosos y atractivos según los cánones de la industria. La jaula es ahora una pasarela.

Lo mismo ocurre con la seguridad. El sociólogo Ulrich Beck describió la sociedad del riesgo como un lugar donde los peligros ya no son naturales, sino producidos por el sistema. Y ante esos peligros, la respuesta no es la autonomía, sino la dependencia de los expertos y de los gobiernos. La jaula de la seguridad nos hace miedosos y dóciles.

#### **4. La doble moral del poder.**

Llegados a este punto, conviene preguntarse quién diseñó la jaula y quién tiene la llave. Porque la historia demuestra que los arquitectos de la moral sexual no siempre la practican. El caso Epstein es un ejemplo evidente, pero no el único. Epstein construyó una red de abuso sexual de menores a gran escala, en la que participaron figuras de la política, las finanzas, la realeza y la ciencia. No lo hizo solo, sino con la connivencia de un sistema que miró hacia otro lado porque los implicados tenían poder.

El modus operandi era siempre el mismo. Epstein ofrecía las víctimas a los poderosos, los grababa, fotografiaba y creaba así un archivo de material comprometedor que funcionaba como una póliza de seguro. El instinto sexual era utilizado para capturar a los poderosos y el instinto de seguridad (el miedo al escándalo, a la ruina o a la cárcel) era utilizado para controlarlos con fines inconfesables.

La doble moral es intrínseca al sistema. Al ciudadano común se le exige una moralidad sexual estricta y se le castiga por desviarse de ella. A la élite se le permite todo, siempre que mantenga el control. Y cuando el escándalo estalla, la jaula no se rompe para todos; solo se sacrifica a un chivo expiatorio para salvar la estructura. Epstein fue condenado y murió en prisión, pero la red que lo sostenía sigue ahí.

## **5. El negocio del deseo y el miedo.**

La explotación del instinto no es solo política, es también económica. El capitalismo ha convertido el deseo en una mercancía. La pornografía, la prostitución, la publicidad o la moda. Todo un ecosistema que vende la promesa de satisfacción sexual a cambio de dinero. La industria del sexo mueve miles de millones al año y en gran parte se nutre de la explotación de personas vulnerables.

Y lo mismo ocurre con el miedo. La industria de la seguridad privada, los seguros, las alarmas o los sistemas de vigilancia. El miedo se convierte en un mercado. Cuanto más inseguros nos sentimos, más consumimos. La jaula de la seguridad se ha convertido en un negocio y quienes venden las rejas son los mismos que crean el peligro.

La paradoja es que la represión de los instintos y su explotación comercial no son opuestos, sino complementarios. La represión crea el mercado negro del sexo y la inseguridad, mientras que la explotación comercial se nutre de ese mercado. El sistema necesita ambos, la jaula para mantener el orden y la fuga para generar negocio.

## **6. La vida con instinto.**

La cuestión, a estas alturas del ensayo, no es cómo eliminar el instinto, porque es imposible, sino cómo construir una sociedad que no necesite una jaula tan opresiva y no permita que los poderosos salgan de la jaula.

No se trata de liberar el instinto sin límites, porque eso conduciría a la barbarie, pero tampoco se trata de reprimirlo con la hipocresía actual, que lo utiliza como arma de control. De lo que se trata es de construir una ética del deseo basada en el consentimiento, la transparencia y la igualdad. Una educación sexual que no se centre en el miedo y la culpa, sino en el placer responsable y el respeto al otro. Una seguridad que no se base en la vigilancia y el control, sino en la solidaridad y los derechos sociales.

La naturaleza humana es compleja. Somos animales que han desarrollado la razón, pero no hemos dejado de ser animales. Negar el instinto es negar una parte de nosotros mismos, y reprimirlo con la hipocresía de la doble moral es negar la justicia. La única forma de que el instinto contribuya al desarrollo de la humanidad es reconocerlo como parte de nuestra condición y construir sobre él, no contra él, una sociedad más libre y justa.

La jaula no es la solución, la solución es una casa con ventanas abiertas.